LAS IDEAS POLÍTICAS DE BOLIVAR:

TRASICIÓN Y FUTURO

Por Pedro J. Frías.

Sumario: Hombre de la Ilustración: las ideas. Hombre de la ilustración: la palabra: Libertad y autoridad. La transición política. La república conservadora. La constitución boliviana. El Areópago o Poder Moral. " De todo el Mundo nuevo una sola Nación".

Hombre de la ilustración.

Bolívar entra en la historia con hechos famosos, pero es también grande por sus ideas y su palabra.

En cuanto a las **ideas**, es hombre de la Ilustración, que hace más llevadera la monarquía absoluta del siglo XVIII con el desarrollo de los fermentos de innovación cultural.

En Francia hicieron tribuna de la historia y prefirieron llamarse filósofos para predicar por una monarquía atemperada (Montesquieu), contra el fanatismo (Voltaire) o los tiranos civiles y religiosos (Diderot). Censurados o protegidos, en las cortes de Federico o Catalina, en los salones o fugitivos, logran el derecho a la palabra y preservan su "poder" de escribir.

La España ilustrada[1] resucita de su agotamiento imperial, de su xenofobia y su falta de autocrítica.

La función crítica la inmortalizó el benedictino Benito Feijoo. Su "Teatro crítico universal" y su "Cartas eruditas" fueron "best seller" en su tiempo. Un siglo después las leían los organizadores de nuestras Patrias, como lo atestiguan los catálogos de bibliotecas y las firmas de volúmenes que yo mismo he poseído. Feijoo no fue sino el comienzo de una familia de pensadores en que el marqués de Ustáriz, preceptor de Bolívar, tiene un lugar distinguido. Vinieron después los heterodoxos, en su conjunto más galicano que anticatólico, más anticlerical que agnóstico, hasta que Jovellanos apunta a una ilustración cristiana.

De estas ideas se nutrió el vencedor de Bocayá durante su permanencia en España y su viaje por Francia.

Libertad y autoridad.

¿Por qué no nos acercamos a la problemática de nuestros Libertadores? Bolívar y San Martín eran tributarios de un **proyecto de sociedad**, nacido del clasicismo español fermentado por la Ilustración. Sensibles a las innovaciones del entorno europeo, las recibían – sobre todo Bolívar- en la matriz americana. Ese proyecto de sociedad los hacía **moderados**. Quizás sea una palabra clave, aunque no transparente. Cuando yo me defino como moderado es porque descubro en mí cierta resistencia a las presiones o al cambio. Pongo en acto una mediación de mi razón y mi volición para incorporar en mi "proyecto" las variables afines del otro. Moderar

[1] Carlos A. Floria y César A. García Belsunce, "Historia de los argentinos", Edit. Kapeluz, Buenos Aires, 1975, t.1, p. 138.

es contener el exceso que podría lastimar la identidad. Desde una identidad profunda se puede ser moderado para que la transición la enriquezca o, a lo menos, no la afecte torpemente.

Esa identidad profunda es la que he tratado hasta ahora de descubrir pero no por una indagación subjetiva que no está en mi posibilidad, sino más bien por la interacción con el contexto cultural – sobre todo con la cultura política- de su sociedad.

Había que estrenar la lealtad del ciudadano en el lugar de la fidelidad del vasallo; había que dar base al poder en una articulación de la comunidad y no ya en la dominación de un soberano que busca el consenso pero no depende de él; había que ensayar el control del poder desde dentro de los gobiernos mismos para evitar su desviación, había que conciliar la libertad recuperada con la igualdad por hacer, pero sobre todo había que lograr la convivencia de las libertades civiles y políticas con la nueva autoridad.

Sé que el planteo que propongo – el eterno de libertad y autoridad- pude ser sospechado de obvio, pero no lo es ahora y menos entonces. ¿No decía Bolívar que los criollos nunca habíamos sido autoridad? ¿No dicen algunos politólogos ahora que a fin de siglo la libertad será una idea nueva? En el siglo XIX, la autoridad radicada en nuestro suelo era una idea nueva. Había que conciliarlas.

"Nosotros estábamos – escribe Bolívar- en un grado todavía más debajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad".

No necesito decir que la libertad de los americanos, aunque quisiera nutrirse de una conciencia moral objetiva iluminada por el Cristianismo, no menos importaba el riesgo de hallar su propia norma práctica y su justificación. La grandeza de la libertad reside en aproximar el acto humano voluntario al Bien y a la Verdad, pero su carácter irrepetible se corresponde con su trágica ambivalencia para el Bien y el Mal.

El riesgo de la libertad inspira ciertas cautelas autoritarias, escribe Víctor Massuh[2] .El autoritarismo parte de esa desconfianza y considera que la autoridad paternalista es el elemento que completa, desde el exterior, el ejercicio de la libertad.

Se nos impone una aclaración. Todo acto libre – la instauración del régimen político, la selección de sus gobernantes y la animación total del sistema político- esconde en su interior un principio de autoridad es la expresión concreta de cierto poder. Este poder de la libertad está latente en todas las dimensiones políticas: en la dialéctica del mando y la obediencia, esto es, el orden y en la dialéctica de amigo y adversario la lucha. "Ninguna de estas dimensiones- sigue escribiendo Massuh- se hubieran constituido si la libertad no fuera el ejercicio de una fuerza intrínseca, un poder afirmativo, una capacidad de enfrentamiento y oposición".

"La voluntad que asiente a cualquier motivación, que ha perdido el poder de la negación" y elude las resistencias o las acepta, o queda paralizada ante la magnitud de las mismas y delega en las circunstancias y el azar el trance de la decisión, esa voluntad nada tiene que ver con la de un hombre libre. Lo contrario a la libertad no es la autoridad sino el caos. Allí donde pisa un hombre libre se ha constituido un orden, un principio rector, una conducta orgánica, un señorío de quien se ha vencido a sí mismo y entabla una relación saludable con los hombres."

La libertad no es impotente, entonces, pero por esto mismo requiere de una autoridad que no interprete la volición individual sino el bien común. Y el bien común no suma los bienes

---

[2] "La libertad y la violencia", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969, p. 237.

individuales sino que es la recta sistematizaciónde la comunidad política, en tanto comunicable a cada uno para su realización como persona y en cuanto alcanzable por su cooperación.

Si en algún momento la autoridad no es sólo un dato objetivo de la vida social sino también necesaria, es cuando los grupos reivindican sus particularismos por encima del conjunto. Para que no quedemos demasiado tiempo en un pensamiento abstracto, traigo la descripción de un contemporáneo de Bolívar sobre la asamblea popular del 18 de junio[3]. Es un trazo germinal de nuestra historia independiente que explica muchas cosas: "El libertador reunió a los hombres más notables de Caracas; se instalaron en Cabildo abierto, y ante el pueblo y padres de familia, Bolívar con un discurso verdaderamente patriótico depositó la autoridad en sus manos: ofreciendo servir con la mayor fe y con idéntica constancia bajo las órdenes del que tuviesen a bien elegir para mandar en su reemplazo. Yo, testigo de esta escena ...., casi no podía formarme juicio de lo que era el pueblo soberano deliberando. Mil candidatos se presentaron pretendiendo el mando supremo... el populacho quería ya saqueo diciendo que todos los blancos eran godos, pero el Libertador los contuvo haciendo fusilar a dos iniciadores de esta patriótica ocupación.... Cansado el pueblo sensato y más aún los partidos, de vejarse mutuamente en su candidato y sus propósitos, por un movimiento general aclamaron nuevamente para Jefe Supremo de Venezuela al Libertador, encomendándole que salvara la Patria, pero ya no era tiempo".

Una asamblea así no nos sorprende ahora. Conocemos bastante de las pulsiones personales y colectivas como para saber lo que una comunidad necesita para proyectar en común: una conciencia sin inhibiciones pero que acepta ciertas reglas de juego y, ante todo, el pluralismo, que va aunando voluntades alrededor de unas pocas familias políticas que disputan el poder.

El que se iniciaba frágil aunque solemenemente en la América española era esa agregación de sensibilidad cívicas abierta a los humores de una sociedad que se ignoraba, pero que debía contar "con la fragilidad de nuestra especie y el imperio de la suerte", según frase del Libertador.[4]

Bolívar tenía bien presente esa fragilidad: "Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con la sola pureza de nuestras intenciones y auxiliados por los limitados medios que están a nuestro arbitrio, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos".

El problema era, pues, instalar una autoridad digna de la libertad recuperada para la sociedad y los habitantes de estas Américas. Instalar una autoridad era crear, casi de la nada, correas de transmisión entre una sociedad incipiente de notables y los órganos de poder. Instalar órganos de poder era imaginar un régimen que vacilaba entre la monarquía – paradigma de la época- o las nuevas repúblicas de Estados Unidos y Francia. Optar por la república era inevitable casi- dada la incertidumbre de legitimar una dinastía- pero suponía la movilización permanente, la colisión de las ambiciones y la fragmentación de los intereses.

El conflicto de la libertad con la autoridad no era, entonces, más que un conflicto de la realidad consigo misma: la sociedad tenía que hacer crecer sus interacciones y ordenarlas

---

[3] J. T. Morán, "Memorias", cit. Por J. Rodríguez Iturbe, "Génesis y desarrollo de la ideología bolivariana", Impr. Del Conr., Caracas, 1973, p. 341.

[4] Rodríguez Iturbe, cit., p. 342.

republicanamente – no de cualquier modo- en el mando y la obediencia. Un mando fundado en la articulación política y una obediencia prestada a la ley.

La transición política.

Estamos pues ante el tema grande de la transición política, por lo que resulta inevitable asociar a nuestra realidad de argentinos a las propuestas bolivarianas para la transición, no para copiarlas sino para interpretarlas. Quiero llamar la atención sobre esto porque que yo sepa, las instituciones políticas del Libertador no han sido confrontadas con la idea de transición, no han sido referidas a la transición.

Carlso Floria nos ha invitado a prestar atención en clave argentina a la perspectiva genética más que funcional de un cambio de régimen, no de gobierno.[5]

Y bien, Bolívar conocía de instinto este arte de la sutura. Quizás de la implantación. Porque el trasplante de un régimen democrático podía provocar rechazos, pues nuestra tradición antiliberal era muy fuerte y nuestro ejercicio social de libertad e igualdad estaba librado a una fraternidad y a una justicia iluminadas por el Cristianismo pero no como idea- fuerza del sistema político.

Sabemos hoy que "se pueden construir regímenes competitivos pero oligárquicos; o participativos, y sin embargo fascistas; o antiliberales o no participativos y por ello autoritarios... Este tipo de democracia- abierta, pluralista, popular, con existencia autónoma de una pluralidad no extrema de partidos políticos, con libertad cultural y religiosa, federal y sin concentración excesiva de recursos de poder en sede alguna de la sociedad o el Estado- nunca ha existido en plenitud en nuestra Patria, escribe Floria nunca se haconsolidado, , a lo menos. ¿Pero se ha consolidado en la América española?

Para esta interrogación hecha al pasado, Bolívar ofreció sus proyectos constitucionales. Si en vez de responder a las necesidades de su tiempo respondiere a las del nuestro, quizás sus propuestas asumirían otras formas. Lo importante es confrontar su instinto de moderado con el régimen político que podía adoptar la América española.

Cuando ahora proponemos competición política y participación, Bolívar coincidiría: si, pero.... Sí, pero en una sociedad consolidada.

Y así como nuestro Alberdi quería "la república posible antes de la venidera...", Bolívar pensaba en al república imperfecta pero perfectible.

La república conservadora.

La transición política latinoamericana planteaba a los Libertadores dos preguntas: por qué y para qué.

Hombres menos responsables que Bolívar y San Martín podrían haberse conformado con contestar la primera: ¿por qué?

Pues bien, muy simple: independizarse porque se ha agotado la substancia moral del vínculo de dominación.

---

[5] "El arte de la transición política", "La Nación", 26/6/83

Pero ¿la segunda? el para qué obsesionaba a los dos: reenviaba a otro interrogante: ¿qué serán nuestros pueblos? La libertad es el camino del ser. Pero el ser..., la viabilidad..., Bolívar no era ingenuo. Es preferible traducir su escepticismo sobre la capacidad política de proyectar en común y sobre la calidad ética del ejercicio político como una reflexión crítica del hombre de la ilustración en matriz americana. Lo he dicho ya pera hay que insistir. Insistir en que sus propuestas políticas son para la instalación no de un régimen definitivo sino de una transición.

Esos órganos eran la cámara popular, el senado hereditario y la presidencia electiva y vitalicia: un órgano democrático y dos aristocráticos. Y todavía el areópago, el Poder Moral.

En su discurso de Angostura en 1819 –sigue siendo duro renunciar a la evocación histórica- Bolívar sintetiza muy concretamente: "El sistema de Gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política".

Las propuestas han sido objeto de innumerables comentarios. Desde los entusiastas como el olvidado del maestro Bielsa [6], a los aprobatorios de Salvador de Madariaga[7] Y como es Madariaga el más crítico, es el mejor para la glosa, porque pone de relieve sin adulación el pensamiento de la transición.

De todo el Mundo Nuevo una sola Nación.

Examinado el modo con que Bolívar afronta la transición, se puede recordar cómo piensa el futuro. Ese futuro es la integración latinoamericana.

Insistamos con Massuh[8] en los "tres principios que animaron de modo constante la empresa bolivariana: 1°) la propia libertad pasa por la afirmación de la de los demás; 2°) el caos americano sólo puede ser enfrentado por una voluntad histórica que piensa en términos de unidad y totalización continental; 3°) la Utopía de América".

Las ideas de unidad, totalidad, integración y síntesis son la que trasmite, según Massuh, a los humanistas americanos.

¿Cómo quiere realizarlas? Al Norte y al Sur la visión es la misma. "Para nosotros la Patria es América" exclama Bolívar. El país es toda América dice simétricamente San Martín. Nos llamábamos "americanos" o "sudamericanos". Las provincias unidas de aquí y d allí, los cuatro virreinatos de la Corona española, tenían disponibilidad a la unidad, eran históricamente convergentes. Pero estas convergencias sociales de la lengua, la raza, la historia, la cultura, la religión no son por sí mismas voluntad política. La empresa humana es una volición que sigue al acto de razón. Requiere esa voluntad política. El "fiat" de estas grandes acciones, más si se quiere poner en marcha un pueblo- continente, suponía dotar a la unidad de fines institucionales y de medios apropiados.

Todo eso lo intenta Bolívar con una tenacidad que tiene sus hitos en el manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, el discurso de Angostura y el Congreso de Panamá.

En la Carta de Jamaica de 1815 había dicho: "Yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por

---

[6] "La Concepción política de Bolívar" en "Estudios de Derecho Público", t. III, Arayú, Buenos Aires, 1952, p. 591.
[7] Bolívar, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, t. II, p. 21.
[8] Bolívar y el humanismo latinoamericano, La Nación, 24/7/83.

su libertad y gloria". "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue partes entre sí y con el todo". Con estas palabras, Bolívar ha descripto un vínculo federal. ¿Y no es que Bolívar como San Martín, no deseban una organización federal? No la deseaban para la transición, me animo a decir. Porque durante la empresa libertadora, las autonomías dispersa, los liderazgos locales, las ciudades- estados podían ser una tentación y una realidad. Ya había ocurrido. América Latina no debía fragmentarse. Pero si se quería la unión, la descentralización territorial del poder se hubiera hecho presente.

Sobre la integración latinoamericana querida por el Libertador, hay interrogantes que se abren a la inquisición rigurosa y a las familias de espíritu. Quiero decir que habrá interpretaciones no siempre objetivas sobre el panamericanismo, el interamericanismo y el hispanamericanismo. ¿ Quería el vencedor de Boyacá la participación de los Estados Unidos? ¿Gran Bretaña era fiadora ante la Santa Alianza o desempeñaba otra función menos transitoria? ¿Eran concientes de la penetración de una supuesta ideología anglosajona?

Todas las divisiones de nuestro espíritu, todas las influencias recibidas, todo el eclecticismo de nuestra formación asoma aquí.

Creo simplemente que la empresa quedó latente en el contexto cultural pero ajena al proyecto político. Creo que la energía social fue acaparada por la transición; después del crecimiento por la crisis, después de la crisis por las ideologías la transición, por la organización de cada Estado-nación; después de la organización, por el crecimiento; después de la crisis, por las ideologías y los intereses y la pugna de los nuevos grupos de poder; no fue mucha la energía social que generamos y la distribuimos por largo tiempo en proyectos sin grandeza. La utopía de América debió ser postergada.